

EL MALESTAR

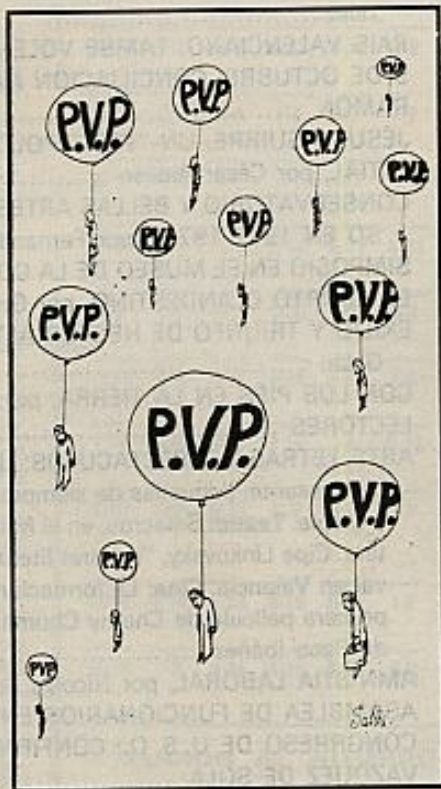
HAY un profundo malestar en la vida pública —y privada— en España. Quizá un desencanto, seguido de irritación. Y de agresividad. Los problemas, las dificultades, se amontonan: y apenas se resuelven. Esto no sólo sucede en las esferas gubernamentales y los otros núcleos de poder, sino en el seno de los partidos, en las Cortes, en las centrales sindicales. Y dentro de las familias, en las relaciones de trabajo, en las zonas empresariales y en las obreras, en el campo y en las fábricas. Es un malestar, un malhumor colectivo e individual. El punteo de la violencia y el crimen azuza continuamente esta sensación. Es de temer que todo este contencioso público y privado se vuelva contra lo que se piensa que es la democracia. Un espíritu tan analítico y profundo como el de Ortega y Gasset no vaciló, a los pocos meses de la República del 14 de abril de 1931, en escribir su famoso artículo "¡No es esto, no es esto!", que tanto ha sido explotado después. No es de extrañar que en este breve remedo de lo que fue aquello otras personas con menos capacidad crítica crean que tampoco es esto y terminen culpando a un sistema que prácticamente no existe aún, e incluso que se vuelva a los argumentos contra un supuesto carácter nacional español que nos hiciera incapaces para la convivencia voluntaria, o a reiterar la tesis de la inmadurez.

PODRIAN encontrarse formas de renacimiento de esta crítica en las palabras de monseñor Tarancón, que ha reanudado la publicación de sus "cartas cristianas". Es una opinión de peso; no sólo por su calidad propia y su acreditada busca de un objetivismo —dentro de las normas eclesiales y religiosas en que se mueve, sino por su capacidad de influencia en lo que es todavía un importante sector católico—. "Acabamos de estrenar democracia —dice—. Pero ni las convicciones ni los hábitos están á tono con esa nueva forma de estructuración político-social.

Nos falta a todos experiencia y no sé si auténtica convicción democrática". Temme que "unos y otros confundiesen la democracia con sus propios intereses e ideologías, y quisieran aprovecharse de la libertad para imponer sus propios criterios, aunque sea con la excusa de la democracia. No estamos acostumbrados a respetar las ideologías y las posturas de los demás. Apenas hemos empezado a dialogar, cuando ya aparecen los hábitos y las agresividades de otras épocas". La cuestión está en saber si realmente hemos estrenado democracia o no; si nos falta auténtica "convicción democrática" o en lo que no tenemos convicción es en esta forma ambigua, provisional y absolutamente inestable en que nos encontramos; si se puede criticar a la democracia porque cada uno quiera sacar adelante sus ideologías e intereses o si, por el contrario, precisamente la democracia consiste en una síntesis de intereses e ideologías manifestadas y presentadas como

soluciones; y si las agresividades "de otras épocas" no reaparecen, sino que no han dejado nunca de estar presentes.

SI se mira atrás, si se mira antes de la llegada al poder del señor Suárez y su equipo, se podrá ver que hay líneas de progreso considerables en lo que se refiere a las libertades formales. Hay un fabianismo en el régimen —de Fabius Cunctator o Parsimonioso, que se hizo famoso por la lentitud de sus movimientos; de él tomaron su nombre los fabianos ingleses, que pretendieron una transición lenta hacia el socialismo hacia 1884; ahora están en el poder y todavía siguen lejos del socialismo— que retrasa las grandes reformas, pero que va concediendo pequeñeces. Que estas pequeñeces hubieran parecido gigantes hace años es una realidad, pero la realidad es que las necesidades vitales de hoy las hacen insuficientes. Estamos aún hoy —si aceptamos la opinión de autoridad del presidente del Congreso— a un año de que tengamos una Constitución. Va a ser la más lenta de elaboración de las españolas, precisamente cuando su necesidad es más acuciante. Es una Constitución —si es que su texto es suficiente, si no es una decepción más— que debería sacarnos precisamente de esta inseguridad legal en la que estamos: regulando las relaciones entre las Cámaras, las de éstas con el Gobierno, la capacidad de jefatura del Estado, la de los cuerpos intermedios —Consejo del Reino, Consejo de Regencia— y la representatividad electoral. Todo lo que se va haciendo mientras es provisional y, por lo tanto, inseguro y precario: desde las relaciones del Gobierno con las Cámaras hasta la institución de la Generalidad en Cataluña. En ello, como en todo lo demás, estamos viviendo una tolerancia: en la vigencia de unas leyes que todavía son represivas para la expresión —ley de prensa, ley antiterrorista— y que pueden volverse de pronto contra lo conseguido, sin necesidad siquiera de recur-





Antonio Garrigues Walker: "El empresario está abierto al diálogo, sólo necesita que se definan las reglas del juego".

so a ese golpe de Estado que se ha convertido en el fantasma de otoño. Fantasma que cada uno aprovecha en su favor como puede, para forzar decisiones —o para aplazarlas— con la amenaza de que, en caso contrario, vendrá el caos.

TODA esta lentitud en el proceso es, sin duda, fruto de una dialéctica interior del régimen, entendiéndolo como régimen el conjunto de fuerzas reales que están en distintos estamentos del poder. "Caminamos gradualmente hacia todas las consecuencias de la democracia", dice el profesor Hernández Gil, presidente de las Cortes. Pero nadie sabe la longitud de esta escalera, los grados o escalones que hay que ascender: ni si su ascensión se va haciendo cada vez más difícil. O si llegaremos nunca. Todo lleva a un estado de suspensión, a un estado de no definición. No están claras las "reglas de juego", como decía don Antonio Garrigues Walker refiriéndose a la inquietud —quizá algo más que inquietud— de los empresarios: "El empresario está abierto al diálogo, sólo necesita que se clarifiquen los cauces del mismo, que se definan las 'reglas del juego', pues gran parte de su impotencia se debe a la falta de criterios y expectativas con que afrontar la crisis". Esta misma frase la podría pronunciar un líder obrerista referida al sector del trabajo. En el sector del trabajo no sólo hay una reacción —por esta inseguridad— contra un Go-

bierno al que ven poco o nada obrerista, y suponen decidido a volcar sobre ellos el daño de la crisis económica, sino contra sus propias centrales sindicales que les parece que no responden a la urgencia de su situación. Hay, por lo tanto, malestar y hostilidad de los sindicatos entre sí, y lo hay dentro de ellos. Para el Gobierno es una sorpresa que las centrales sindicales no entren en la vía del pacto, y no puedan sujetar la ola de reivindicaciones y protestas: creían que el "miedo al golpe" iba



Monseñor Tarancón: "Nos falta a todos experiencia y no sé si auténtica convicción democrática".

a ser suficiente para conseguir un pacto, cuando en realidad no han hecho nada por fortalecer a los sindicatos —y sí todo para dividirlos— y cuando ellos podrían contemplar su propia situación; esto es, su imposibilidad de sujetar al sector económico con el que actúan, el del capital y la empresa. Como tampoco puede asombrarse de las crisis interiores de los partidos políticos, que ha contribuido a desprestigiar con todo su absurdo sistema de legalizaciones —entre otras medidas— cuando el suyo propio está cada día a punto de despedazarse —la dimisión del señor Camuñas no es más que un síntoma— a pesar de tener el enorme atractivo del poder, y de un poder nada parco en el reparto de cargos y la mejora de situaciones personales.

EXISTE una cierta desilusión entre el pueblo español", ha dicho el senador real Jaime Carvajal —presidente del Banco Urquijo—, porque "se habían depositado demasiadas esperanzas en las maravillas de la democracia", pero la democracia "no da soluciones a los problemas, ya que es sólo un sistema que se enfrenta con los problemas de manera más honesta y abierta que otros". Quizá tenga razón cuando hace el diagnóstico del malestar: "Todos nuestros partidos políticos son demasiado jóvenes y necesitan tiempo para consolidarse; nuestros líderes no tienen bastante experiencia en las reglas democráticas y nuestros dirigentes sindicales y empresariales están tratando de organizarse y no pueden proclamar que representan a grandes sectores". Pero no será más que una parte de razón.

LA gran parte de la razón del malestar está en que todo esto no es aún una democracia: apenas resulta una imitación. Los sistemas de seguridad interna de las clases dirigentes del viejo régimen son demasiado profundos y demasiado visibles, los resortes del poder están en manos antiguas y poco proclives a abandonarlos; y cada día que pasa, la transición se hace más lenta y difícil. Todos los problemas a todos los niveles están pendientes; se ha hecho luz sobre otros que estaban ocultos y enterrados. Y es cierto que hay, como decía un reciente editorial de "Le Monde", una tendencia a la "exageración y a la polémica" que dan un aspecto incluso más grave a una situación que lo es de por sí.

PERO importa no desprestigiar las bases del régimen que se trata de conseguir. Importa señalar que los partidos políticos, con sus incapacidades y sus divisiones internas y sus hostilidades externas, son una vía básica para la soberanía popular; importa señalar que los defectos de las Cortes y de las actuaciones parlamentarias se deben sobre todo a que están reprimidas y sin vías claras por el momento; en que la libertad de prensa es esencial y el orden público ha de ser justo y necesario. Importa no desprestigiar la democracia antes de que llegue y no gritar "¡No es esto, no es esto!" señalando a algo que efectivamente no es porque no se ha producido todavía. ■